

Siete detectives ingleses

Siete detectives ingleses

ARTHUR CONAN DOYLE

WILKIE COLLINS • FERGUS HUME

R. AUSTIN FREEMAN • EDGAR WALLACE

ARTHUR MORRISON • ERNEST BRAMAH

© Editorial Popular, S.A., Madrid, 2022
C/ Leo, 7. local 2. 28007 - Madrid
Tel.: 91 409 35 73
E-Mail: popular@editorialpopular.com
www.editorialpopular.com

Diseño de colección: Francisco Pino

Ilustración de portada: Marcelo Spotti
Traducción: Rodolfo Lastra Muela

Imprime: Cooperación Editorial, S.L.

I.S.B.N.: 978-84-7884-923-9
Depósito Legal: M-24135-2022

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Presentación

Detectives ingleses. Algo más que fachada..... 7
CLARA ALONSO

Los planos de Bruce Partington..... 13
ARTHUR CONAN DOYLE

Cazador cazado 67
WILKIE COLLINS

El Dios de jade y el corredor de bolsa..... 111
FERGUS HUME

La lentejuela azul 137
R. AUSTIN FREEMAN

El policía poético 165
EDGAR WALLACE

Los robos de Lenton Croft..... 191
ARTHUR MORRISON

La moneda de Dionisos 231
ERNEST BRAMAH

Presentación

DETECTIVES INGLESES. ALGO MÁS QUE FACHADA

Generalmente, se considera a Edgar Allan Poe, al crear al detective Auguste Dupin en su relato *Los crímenes de la Calle Morgue*, en Estados Unidos, como el padre del género policíaco y detectivesco, aunque sus antecedentes se remontan más atrás en el tiempo.

Sin embargo, el despegue de la literatura de misterio como género literario tendrá lugar en Gran Bretaña, con Arthur Conan Doyle que dio vida al “más famoso detective de todos los tiempos”: Sherlock Holmes, que constituye por excelencia el protagonista arquetípico de las novelas policíacas en esta época.

Conocida como la escuela británica de novela policíaca, que surgiría sobre todo a partir de la época victoriana (reinado de la reina Victoria 1837-1901), se publican en este período relatos, novelas por entregas, etc. con unas características muy peculiares que

dan reflejo de los cambios que se están sucediendo en este momento.

En Gran Bretaña se está produciendo el declive de la aristocracia y el ascenso de la burguesía, así como el desarrollo de las comunicaciones y del transporte, como el ferrocarril. También en estos años (1840) se crea el famoso cuerpo de detectives Scotland Yard, tan productivo para este tipo de historias.

Así un gran número de periodistas, escritores más o menos dedicados, abogados, etc. se lanzan al prolífico arte de escribir historias de suspense, en las que el lugar común radica en el planteamiento de la trama, que consiste generalmente en la resolución de un misterio de tipo delictivo, a veces un simple robo o quizás algo más truculento. El protagonista suele ser un policía o un detective que, mediante la observación, el análisis y el razonamiento deductivo, en algunas ocasiones con la ayuda de la ciencia, consigue dilucidar el misterio. En muchas de las historias, como se verá en la mayoría de los cuentos escogidos para este volumen, los crímenes y delitos perpetrados se producen sobre todo en grandes urbes como Londres.

Pero quizás lo más novedoso e interesante, y lo que hace tan atractivo este género sea la “peculiar” personalidad del detective en cuestión. Los autores de este tipo de relatos ponen el acento en el desarrollo de la personalidad de este detective. Así, en la recopilación que presentamos, a partir del paradigmático

y más excéntrico de los detectives: Sherlock Holmes, de Arthur Conan Doyle en “Los planos de Bruce Partington”, se irán desplegando otros tipos de características peculiares, que beben del maestro.

En “La lentejuela azul” de R. Austin Freeman, el detective Thorndyke desarrolla ante su acompañante y el resto de policías un temperamento perspicaz, observador y científico, provocando la admiración de estos. Cliché que se repite en casi todos los autores y sus creaciones.

Lo mismo sucederá en “El policía poético” de Edgar Wallace y su Sr. Reeder que incluso llega a afirmar, justificando su capacidad: “Uno recoge extraños restos de información –dijo disculpándose–. Veo... el mal en todo. Esa es mi curiosa perversión: ¡tengo una mente criminal!”.

Y en “Los robos de Lenton Croft” de Arthur Morrison, su narrador nos explica: “El Sr. Martin Hewitt, y como él mismo siempre mantiene que no tiene ningún sistema más allá de un uso juicioso de las facultades ordinarias, me propongo exponer en detalle algunos de sus casos más interesantes, para que el público pueda juzgar por sí mismo si tengo razón al estimar que las *facultades ordinarias* del Sr. Hewitt son facultades realmente extraordinarias”. Quizás Martin Hewitt sea el investigador más moderno de los aquí presentes.

En “La moneda de Dionisos”, Ernest Bramah da un paso más al privar a su detective Max Carrados, de la

facultad de la visión, sin embargo, ve más que los que tienen sus ojos intactos. Se apoya, de manera espectacular y también ostentosa, en el resto de sentidos.

El *modus operandi* en estos cuentos es siempre el mismo. Al comienzo del cuento se requieren los servicios del detective. Este se pone al día de los hechos acaecidos. Al lector se le van proporcionando datos acerca de los sospechosos y mostrando indicios que van dirigiendo la atención del lector hacia un culpable. Aunque en el desenlace, siempre, el único que dará con el verdadero culpable será el magnífico y excéntrico investigador, que sabrá interpretar y leer las señales que le llevarán a las conjeturas que solo al final explicará al lector.

Aunque, como decimos, las tramas y su desarrollo son siempre similares, algunas características técnicas y literarias van variando. Por ejemplo la incorporación de la ironía y el sentido del humor... van apareciendo en algunos de los cuentos, según vamos avanzando en el desarrollo de esta literatura como tal. Así Wilkie Collins se convirtió en un maestro del género, con más de sesenta cuentos publicados y muchas novelas, algunas de ellas de gran éxito, como *La dama de blanco*, considerada la primera gran novela de misterio. En el cuento seleccionado para este volumen "Cazador cazado". El autor despliega un gran sentido del humor, ridiculizando y poniendo en entredicho algunos tipos característicos en las instituciones británicas.

En *Siete detectives ingleses* presentamos un conjunto de autores que sentarían las bases de este género literario, más allá de los autores conocidos y sus detectives más mediáticos.

¡Esperamos que hagan funcionar sus “células grises” y pongan en evidencia a estos vanidosos detectives!

Clara Alonso
Madrid, septiembre 2022

Los planos de Bruce Partington

ARTHUR CONAN DOYLE

Una densa niebla amarillenta cayó sobre Londres durante la tercera semana de noviembre del año 1875. Creo que desde el lunes hasta el jueves no llegamos a distinguir desde nuestras ventanas de Baker Street la silueta de las casas de la acera de enfrente. Holmes se pasó el primer día estudiando su índice del grueso volumen de referencias. El segundo y el tercer día los invirtió pacientemente en un tema que venía siendo de poco tiempo a aquella parte su afición preferida: la música de la Edad Media. Pero el cuarto día, cuando al levantarnos después del desayuno, vimos que seguía pasando por delante de nuestras ventanas el espeso remolino parduzco condensándose en aceitosas gotas sobre la superficie de los cristales, el temperamento activo e impaciente de mi camarada no pudo aguantar más tan monótona existencia. Se

puso a pasear incansablemente por nuestra sala, acometido de una fiebre de energía contenida, mordiéndose las uñas, tamborileando en los muebles, lleno de irritación contra la falta de actividad.

–¿No hay nada interesante en el periódico, Watson? –preguntó.

Yo sabía que al preguntar Holmes si no había nada de interesante, quería decir nada interesante en asuntos criminales. Traían los periódicos noticias de una revolución, de una posible guerra, de un inminente cambio de Gobierno; pero esas cosas no caían dentro del horizonte de mi compañero. En lo referente a hechos delictivos todo lo que yo pude leer eran cosas vulgares y fútiles. Holmes refunfuñó y reanudó sus incansables paseos.

–En Londres el mundo criminal es, desde luego, una cosa aburrida –dijo con la voz quejumbrosa de un cazador que no levanta ninguna pieza–. Mire por la ventana, Watson. Fíjese en cómo las figuras de las personas surgen de pronto, se dejan ver confusamente y vuelven a fundirse en el banco de las nubes. En un día como este, el ladrón y el asesino podrían estar por Londres tal como lo hace el tigre en la selva virgen, invisible hasta el momento en que salta sobre su presa, y, en ese momento, visible únicamente para la víctima.

–Se han llevado a cabo infinidad de pequeños robos –le dije.

Holmes bufó su desprecio y dijo:

–Este grandioso y sombrío escenario está monta-

do para algo más digno. Es una suerte para esta comunidad que yo no sea un criminal.

–¡Ya lo creo que lo es! –exclamé de todo corazón.

–Supongamos que yo fuese Brooks o Woodhouse, o cualquiera de los cincuenta individuos que tienen motivos suficientes para despacharme al otro mundo. ¿Cuánto tiempo sobreviviría yo a mi propia persecución? Una llamada, una cita falsa, y asunto acabado. Es una suerte que no haya días de niebla en los países latinos, los países de los asesinatos. ¡Por vida mía que aquí llega por fin algo que va a romper nuestra mortal monotonía!

Era la doncella y traía un telegrama. Holmes lo abrió y rompió a reír diciendo:

–¡Vaya, vaya! ¿Qué más? Mi hermano Mycroft está a punto de venir.

–¿Y eso le extraña? –le pregunté.

–¿Que si me extraña? Es como si tropezase usted con un tranvía caminando por un sendero campestre. Mycroft tiene sus raíces, y de ellas no se sale. Sus habitaciones en Pall Mall, el club Diógenes, White May; ese es su círculo. Una vez, una sola, ha venido a esta casa. ¿Qué terremoto ha podido hacerle descarrilar?

–¿No lo explica?

Holmes me entregó el telegrama de su hermano, que decía:

*Necesito verte a propósito de Cadogan West.
Voy enseguida. Mycroft.*

-¿Cadogan West? Yo he oído ese nombre.

-A mi recuerdo no le dice nada. ¡Quién iba a imaginarse que Mycroft se nos fuese a presentar de esta manera tan excéntrica! Eso es como si un planeta se saliese de su órbita. A propósito, ¿sabe usted cuál es la profesión de mi hermano?

Yo conservaba un confuso recuerdo de una explicación que me dio cuando la Aventura del intérprete griego.

-Me dijo usted que ocupaba un pequeño cargo en algún departamento del Gobierno británico.

Holmes gorgoriteó por lo bajo.

-En aquel entonces yo no le conocía a usted tan bien como ahora. Es preciso ser discreto cuando uno habla de los altos asuntos del Estado. Acierta usted con lo que está bajo el Gobierno británico. También acertaría en cierto sentido si dijese que, de cuando en cuando, el Gobierno británico es él.

-¡Mi querido Holmes!

-Creí que lograría sorprenderle. Mycroft cobra cuatrocientas cincuenta libras al año, sigue siendo un empleado subalterno, no tiene ambiciones de ninguna clase, se niega a recibir ningún título ni condecoración, pero sigue siendo el hombre más indispensable del país.

-¿Por qué razón?

-Porque ocupa una posición única, que él mismo se ha creado. Hasta entonces no había nada que se le pareciese si volviera a haberlo. Mi hermano tiene el

cerebro más despejado y más ordenado, con mayor capacidad para almacenar datos, que ningún otro ser viviente. Las mismas facultades que yo he dedicado al descubrimiento del crimen, él las ha empleado en esa otra actividad especial. Todos los departamentos ministeriales le entregan a él conclusiones, y él es la oficina central de intercambio, la cámara de compensación que hace el balance. Todos los demás hombres son especialistas en algo, pero la especialidad de mi hermano es saber de todo. Supongamos que un ministro necesita datos referentes a un problema que afectaba a la Marina, a la India, a Canadá y a la cuestión del bimetalismo; él podría conseguir los informes por separado de cada uno de los departamentos y sobre cada problema, pero únicamente Mycroft es capaz de enfocarlos todos, y de enviarle inmediatamente un informe sobre cómo cada uno de esos factores repercutiría en los demás. Empezaron sirviéndose de él como de un atajo, de una comodidad; ahora ha llegado a convertirse en cosa fundamental. Todo está sistemáticamente archivado en aquel gran cerebro suyo, y todo puede encontrarse y servirse en el acto. Una vez y otra han sido sus palabras las que han decidido la política nacional. Eso constituye para él su vida. No piensa en nada más, salvo cuando, a modo de ejercicio intelectual, afloja su tensión cuando yo voy a visitarle y le pido consejo acerca de alguno de mis pequeños problemas. Pero hoy nuestro Júpiter baja de su trono. ¿Qué diablos

puede significar eso? ¿Quién es Cadogan West, y qué representa para Mycroft?

–¡Ya lo tengo! –exclamé, y me zambullí en el montón de periódicos que había encima del sofá.

–¡Sí, sí, aquí está, cómo no! Cadogan West era el joven al que se encontró muerto el martes por la mañana en el ferrocarril subterráneo.

Holmes se irguió en su asiento, con la pipa a mitad de camino en la boca:

–Esto tiene que ser cosa seria, Watson. Una muerte que ha obligado a mi hermano a alterar sus costumbres no puede ser cosa vulgar. ¿Qué demonios puede Mycroft tener que ver en el asunto? Yo lo recordaba como un caso gris. Se hubiera dicho que el joven se había caído del tren, hallando así la muerte. No le habían robado, y no existía ninguna razón especial para sospechar que se hubiese cometido violencia. ¿No es así?

–Se ha realizado una investigación –le dije–, y han salido a relucir muchos hechos nuevos. Mirándolo más de cerca, yo aseguraría que se trata de un caso curioso.

–A juzgar por el efecto que ha producido sobre mi hermano, yo diría que es el más extraordinario de los casos –Holmes se arrellanó en un sillón–. Veamos, Watson, los hechos.

–El nombre de la víctima era Arthur Cadogan West, de veintisiete años, soltero, y empleado de las oficinas del arsenal Woolwich.

-Un empleado del Gobierno. ¡Ahí tiene usted el eslabón que le une a mi hermano Mycroft!

-Salió súbitamente de Woolwich el lunes por la noche. La última persona que lo vio fue su novia Miss Violet Westbury, a la que él abandonó bruscamente en medio de la niebla a eso de las siete y media de aquella noche. No medió riña alguna entre ellos, y la muchacha no sabe dar explicación de la conducta del joven. No se volvió a saber de él hasta que su cadáver fue descubierto por un peón de ferrocarril apellidado Mason, en la parte exterior de la estación de Aldgate, que pertenece al ferrocarril subterráneo de Londres.

-¿Hora?

-El cadáver fue descubierto el martes a las seis de la mañana. Yacía a bastante distancia de los rieles, al lado izquierdo de la vía conforme se va hacia el este, en lugar próximo a la estación, donde la línea sale del túnel, por el que corre. Tenía la cabeza destrozada; herida que bien pudo producirse al caerse del tren. Solo de ese modo pudo quedar el cadáver sobre la vía. De haber llegado hasta allí desde algunas de las calles próximas, habrían tenido que cruzar las barreras de la estación, donde hay permanentemente un cobrador. Este detalle parece ser absolutamente seguro.

-Perfectamente. El caso se presenta bastante concreto. Ese hombre, muerto o vivo, cayó o fue lanzado desde el tren. Todo eso lo veo claro. Prosiga.

-Los trenes que corren por la vía junto a la que fue encontrado el cadáver son los que traen dirección

de oeste a este, siendo algunos exclusivamente metropolitanos, y procediendo otros de Willesden y de los empalmes que allí coinciden. Puede darse por seguro que, cuando el joven halló la muerte viajaba en esa dirección a una hora avanzada; pero es imposible afirmar la estación en la que subió al tren.

–Eso lo demostraría su billete.

–No se le encontró billete alguno de ferrocarril en el bolsillo.

–¡Que no se le encontró billete! Por vida mía, Watson, que eso sí que es extraño. Si mi experiencia no me engaña no es posible pasar a un andén del ferrocarril subterráneo sin mostrar el billete. Es, pues, de presumir que el joven lo tenía. ¿Se lo quitaron para que no se supiese en que estación había subido? Es posible. ¿No se le caería en el vagón mismo? También eso es posible. Sin embargo es un detalle curioso. Tengo entendido que no mostraba señales de haberse cometido robo alguno.

–Por lo menos en apariencia. Aquí viene una lista de todo lo que llevaba encima. Su cartera contenía dos libras y quince chelines. Llevaba también un talonario de cheques de la sucursal en Woolwich del Capital and Countries Bank. Gracias a él se le pudo identificar. Llevaba también dos billetes de anfiteatro para Woolwich Theater, para la función de aquella misma noche. Y también un pequeño paquete con documentos técnicos.

Holmes dejó escapar una exclamación de júbilo:

–¡Ahí, por fin, lo tenemos, Watson! Gobierno británico, arsenal de Woolwich, documentos técnicos, mi hermano Mycroft; la cadena está completa. Pero aquí llega él, si no me equivoco, para hablar por sí mismo.

Un instante después fue introducida en nuestra habitación la figura alta y voluminosa de Mycroft Holmes. Hombre fuerte y macizo, su figura producía una sensación de desmañada inercia física, pero, en lo alto de aquella corpulencia alzábale rígida una cabeza de frente tan dominadora, de ojos de un gris acero tan vivos y penetrantes, de labios tan firmemente apretados y tan sutil en el juego expresivo de sus facciones, que desde la primera mirada, se olvidaba uno del cuerpo voluminoso y solo pensaba en el alma dominadora.

Junto a él venía nuestro viejo amigo Lestrade, de Scotland Yard, delgado y severo. La expresión grave de las dos caras nos anunció por adelantado alguna investigación de mucho peso. El detective cambió apretones de manos sin decir palabra. Mycroft Holmes se quitó el abrigo y luego se dejó caer en un sillón, diciendo:

–Asunto por demás desagradable, Sherlock. Me molesta muchísimo alterar mis costumbres, pero no era posible contestar con una negativa a los altos poderes. Tal como están las cosas en Siam, es un inconveniente el que yo me ausente de mi despacho. Pero esto de ahora constituye una auténtica crisis. Jamás vi tan alterado al Primer Ministro. En cuanto al Almiran-